de las consonantes B. D. F. G. R. y S. Multiplica los sonidos que arrojan las letras L. X. T. TL. TZ. Z. Ningun nombre empieza por la letra L. y todos tienen la penúltima sílaba larga. Sus aspiraciones son jeneralmente dulces, y ningun sonido nasal se percibe en su pronunciacion. Conoce perfectamente el modo de variar las palabras, segun estas espresan la accion, ó el resultado de la accion. Se acomoda fácilmente al estilo de la conversacion, lo mismo que á las fórmulas de la etiqueta mas ceremoniosa. Sus matices de política y sumision son infinitos, y muchas causas contribuyen á la escesiva lonjitud de sus palabras. Una de las mas frecuentes se encuentra en la manera de formar el plural, lo que se practica redoblando la primera sílaba, y la adicion del final *Tin*. Algunas veces se hace esta duplicacion al centro de la palabra. Esta facultad de componer las palabras, tenia felices aplicaciones en la botánica y zoolojía, pues permitia indicar de una sola emision, el jénero, la calidad y el empleo del objeto, como asimismo sus costumbres y hábitos. En jeografía cada nombre de lugar anunciaba tambien su situacion, su naturaleza, y el rasgo mas caracterizado de su historia (1).

Clavijero hace un pomposo elojio de los talentos oratorios, y del jenio poético de los Aztecas. Se acostumbraba prematuramente á los jóvenes destinados á las embajadas, recitar largas arengas sobre materias políticas. Estas alocuciones tenian formas y modales finos, y cierto estilo oficial del que no podian separarse.

Como en el antiguo Méjico las causas se juzgaban sumariamente, y por piezas, el arte de hablar bien, era inútil entre los pleiteantes. Los poetas, muy numerosos y mas bien considerados en Texcuco que en Tenochtitlan, se ejercitaban sobre objetos relijiosos y guerreros, cantaban las maravillas de los cielos y de la tierra, los deberes de los hombres en las diversas condiciones de su vida y la gloria de los reyes y de los vencedores. Los sacerdotes, sobre todo, se contaban en primera línea entre los poetas, y obligaban á los alumnos seminaristas á recitar sus versos. Lo que se nos cuenta del teatro de los Aztecas, no es de naturaleza á formar de él una alta idea. Sus dramas no eran otra cosa que la representacion material de la naturaleza. Ocupabanse con las enfermedades humanas, y en tan miserables farsas, se veian como actores los ciegos que iban á tropezar contra los sordos: sordos que respondian desconcertadamente: cojos que andaban con las manos, gritando: jorobados que se encorbaban para aparecer mas contrahechos: enanos que marchaban de puntillas haciendo visajes. Todos estos infelices, hacian alarde de chocarrerias en público, sobre terraplenes cuadrados muy altos cerca de los templos, ó en los mercados. Otros actores, en el mismo teatro se dejaban ver disfrazados de osos, micos, escarabajos, sapos, tigres, cocodrilos, lagartos y serpientes. Con semejantes interlocutores júzguese del espíritu del diálogo. Pero aun nos falta considerar la intelijencia mejicana bajo un aspecto mas noble.

Herederos de la civilizacion de ese pueblo desconocido que ellos llamaban Toltecas, los Mejicanos habian alcanzado conocimientos astronómicos bastante estensos, particularmente para una nacion bárbara aun, tres siglos antes de su conquista, y que arrastró largo tiempo una vida de esclavos y de pobres pescadores; pero esta astronomía, lejos de tener las mismas aplicaciones que en los pueblos civilizados del viejo continente, solo servia entre los aztecas, á los usos de la vida civil, y al ejercicio del culto relijioso. Es probable que la division del tiempo fuese la misma que la del antiguo Anahuac, ó aproximadamente como aquella. Reglaba el órden de sus dos calendarios el civil y el solar, cuyos nombres significaban literalmente « *cuenta del Sol*, *cuenta de la luna*.»

El año solar se componia de trescientos sesenta y cinco dias, divididos en diez y ocho meses de á veinte dias, mas cinco complementarios

(1) Esto puede verse en la pintura de la emigracion de los Aztecas, de la cual hemos tenido muchas veces ocasion de oeuparnos.

añadidos al último mes y nombrados *nemontemi*, es decir vacios ó inútiles. Las criaturas nacidas durante estos dias aciagos estaban amenazadas de un mal destino, creiase que la dicha no se habia creado para ellas.

Estaba el año representado en sus pinturas por un círculo en cuyo centro se veia una figura. indicando la luna iluminada por el Sol, y al rededor los emblemas de los diez y ocho meses arreglados segun el órden del calendario. Cada uno de estos meses se hallaba dividido en cuatro periodos de á cinco dias. Trece años componian un siclo (Tlalpilli), análogo á la indiccion romana: cuatro *tlalpilli*, un período de cincuenta y dos años (Xiuhmolpilli, ligadura) indicado jeroglificamente por un lió de cañas atadas con una cinta. Dos períodos de cincuenta y dos años componian un *huehuetiliztli* (vejez) ó siclo de ciento y cuatro, que no tenia jeroglifico. El año civil de los Aztecas concluia en el solsticio de invierno; en esta época, en que el sol valiéndome de la espresion sencilla de los primeros frailes Españoles, renueva su obra. En lugar de añadir como nosotros un dia cada cuatro años, los Aztecas intercalan trece dias cada cincuenta y dos años. Con la ayuda de este artificio, conseguian acordar su calendario con la marcha del Sol. Esta intercalacion de trece dias daba lugar á la gran fiesta secular ó conmemoracion, descrita por todos los historiadores de la conquista, y de la cual hemos recordado algunas ceremonias (1).

El principio del año variaba entre el 9 y el 28 de enero. El dia civil se contaba desde la salida del sol; se dividia en ocho intervalos, y de estos habia cuatro determinados por la salida, y puesta del astro y los dos restantes por sus dos pasos por el meridiano.

Un círculo dividido en cuatro partes, indicaba al jeroglifico del dia. Las horas debian ser jeneralmente desiguales, como las horas planetarias de los judíos.

Las épocas del dia y de la noche, que corresponden poco mas ó menos á nuestras horas 3, 9, 15, y 21, tiempo astronómico, no tenian nombre particular. Para designarlas, hacian los Mejicanos lo que nuestros labradores, señalaban el punto del cielo siguiendo la carrera del sol de Oriente á Occidente, y el jesto que hacian iba acompañado de estas notables palabras « *Iz teolt* » allí estará Dios; locucion que recuerda la epoca dichosa en que los Aztecas, no conocian todavía otra divinidad que el sol, y no tenian culto alguno sanguinario.

En cuanto al calendario ritual, solo tenian la tabla jenealójica de las fiestas, manual eclesiástico de la celebracion del culto. Algunos retazos se encuentran en casi todas las pinturas jeroglificas. Presenta una serie uniforme de pequeños períodos de trece dias, número que ofrecia en sus múltiples, los medios de mantener bastante bien la concordancia entre los dos almanaques civil y relijioso (1).

(1) Los Aztecas reunian en lo que llamaban *ruedas* de medio siglo *xiuhmolpilli*, la serie de los jeroglificos, que indican el cielo de cincuenta y dos años. Una Serpiente enroscada mordiendose la cola, circunvala la rueda, y marca con cuatro nudos las cuatro indicciones ó *Halpilli*. En esta rueda de cincuenta y dos años, la cabeza de la serpiente anuncia el principio del cielo. No sucede lo mismo con la rueda anual; la serpiente no rodea en ella los diez y ocho geroglificos de los meses, y nada carácteriza el primer mes del año. Los años se distinguian por los nombres de *Tochtli* (conejo), *acatle* (caña), *tecpatl* (pedernal ó quijarro), y *calli* (casa).

(1) En Gomara, Valdés, Acosta y Torquemamada se encuentran nociones vagas y á menudo contradictoriás acerca de los diferentes calendarios que usan los Aztecas. Torquemada que pasó cincuenta años de su vida entre los indios, ha trasmitido en su *Monarquía Indiana* hechos preciosos. Lastima es que su ignorancia y su supersticiosa credulidad no le hayan permitido someterlos á una severa critica. Se ha servido de los manuscritos de los tres relijiosos franciscanos Bernardo de Sahagun, Andres de Olmos, y Toribio de Benavente, los tres contemporáneos de la conquista; pero lo que, aun mas que todas sus obras, ha contribuido á sacar nueva luz sobre los acontecimientos astrónomos de los Aztecas, es el descubrimiento de ese monumento de que hemos hecho mencion ya, aquella enorme piedra de porfido pardo-negruzco de doce pies de diámetro, su peso 24,400 Kilogramos, llena de caracteres relativos á las fiestas relijiosas,

Estas aplicaciones de una ciencia astronómica, comparativamente adelantadas y todos los demás hechos que hemos copilado en este rápido relato del antiguo Méjico, nos demuestran su estado social, material é intelectual, infinitamente superior al de las otras naciones de América del Norte. El Méjico era entónces para esta parte, lo que el Peru era para la América del Sur. Sin embargo, quien juzgase esta civililizacion, por las solas relaciones de los conquistadores, de los antiguos viajeros, y de los primeros historiadores, formaria ciertamente una idea exajerada, caeria en errores ridículos. Los nombres mas pomposos, las comparaciones mas brillantes, y los elójios mas absolutos, se agolpan en tropel, bajo la pluma de los primeros observadores, y se aplican á falta de un razonado aprecio á monumentos, á instituciones, á reglamentos de administracion, á productos artísticos, muy inferiores en verdad á lo exájerado de sus relatos, lo que es menester no perder de vista en el examen de las antiguas narraciones del imperio de Motezuma.

La hora fatal, la hora de las luchas encarnizadas va á dar luego paso á este Rey. Una cuarta parte del siglo habia entónces trascurrido desde el dia en que Colon habia conducido los Europeos al nuevo mundo. Durante este período habian sido sucesivamente descubiertas las Antillas, ocupadas por los Españoles, y visitados algunos puntos de la costa firme. De todas las islas conquistadas, Cuba por su importancia, y suposicion occidental, llamaba la atencion de aquella multitud de hombres venidos de las Españas en busca de fortuna y de gloria. Esta colonia progresaba bajo la administracion sabia y paternal de Diego Velazquez, el mismo que la habia sometido. En este tiempo se hallaban allí reunidos varios oficiales, antiguos compañeros de Pedro Arias Davila, llegados á Darien á causa de los sucesos que en él turbaron el reposo. Resolvieron, pues, tentar una espedicion de descubrimientos, porque la inaccion no podia convenir á unos aventureros tan emprendedores. Propusieron á Francisco Hernandez de Córdova el ponerse á la cabeza. Este rico hidalgo aceptó y contribuyó con una buena suma á los gastos del armamento. Compráronse tres buques, dos por la reunion de la sociedad, y el tercero por el gobernador Velazquez, quien no contento con autorizar tan bella empresa, contribuyó tambien á ella de su propio peculio. La flota tenia por primer piloto á Antonio Alaminas ó Alaminos, natural de Palos, hábil navegante que habia servido desde sus tiernos años con Colon. Hiciéronse á la vela el 8 de febrero de 1517 y apenas hubo Alaminas doblado el cabo de San Antonio, cuando hizo rumbo hácia el oeste, confiado con la palabra de su antiguo almirante, de que hácia aquella parte debian descubrirse nuevas tierras. Tenia razon, pues al cabo de veinte y un dias de peligrosa navegacion, distinguieron la punta oriental de la península de Yucatan, á la que Colon se habia anteriormente aproximado, y de la cual se separó por una falsa indicacion. Esta punta de tierra recibió entónces el nombre de Cabo de Catoche, y despues ha sido conocida con el de punta de las Dueñas. Tal fué el principio del descubrimiento de la Nueva España. Delante de nosotros, dice Bernal Dias, se mostraba á dos leguas de la costa una poblacion mas considerable que ninguna de las Ciudades de Cuba, y que recibió el nombre de *Gran Cairo*. Cinco canoas hechas de un solo tronco de árbol y llenas de indios vinieron á bordo. Subieron sin miedo alguno; iban vestidos de tela de algodon, escedian en decencia á los de cuba que jeneralmente van desnudos. Presentóse al dia siguiente su jefe con doce canoas, é invitó al comandante á bajar á tierra, lo que se ejecutó con todas las precauciones convenientes; pero la astucia de los Indios triunfó de la prudencia de los Españoles. Fueron estos introducidos en una emboscada en que algunos disparos de flechas les causaron quince heridos, y sin la mosqueteria hubieran salido muy mal parados de este encuentro. Los Indios eran bravos y bien armados de lanzas, de arcos, de broqueles, y de una especie de espada guarnecida de piedras cortantes, ó mas bien cuchillos de piedra. Llevaban corazas muy espesas de algodon, semejantes á una camisola de tela acolchada: sus cabezas estaban adornadas de plumas, y se batian bien y con órden. No lejos de este campo de batalla se elevaban algunos edificios de masonería cuyas piedras estaban unidas con argamasa de cal. Estos edificios manifestaban tener un destino relijioso. Veíanse asimismo un gran número de ídolos de tierra cocida, observándose en todos ellos algo de monstruoso. Se hicieron prisioneros dos indios y fueron bautizados con los nombres de Julian y Melchor. En lo sucesivo sirvieron de intérpretes. Dejando esta desgraciada orilla, vemos á Hernandez estenderse sobre la costa, descubrir á Campeche, y surjir en seguida cerca de un pueblo nombrado Pontonchan; tiene otra accion con los Indios, que le matan cuarenta y siete hombres; vese obligado á quemar uno de sus buques por no tener jente para su maniobra. Vémosle en seguida dirijirse á las costas de la Florida, siempre atacado por los naturales, volverse al puerto de Caraenas en la Habana, y morir allí diez dias despues de su llegada.

Esta espedicion, que costó la vida á cincuenta y seis Castellanos, debia producir resultados de importancia, pues hacia conocer una nueva tierra al oeste de Cuba habitada por hombres mejor vestidos, mas bien armados, y mas valientes que los de las islas ocupadas hasta entónces. Todo hacia presumir que pertenecian á una nacion mas civilizada, con su culto público, sus templos, sus sacerdotes, y una organizacion regularizada. Suponíanse tambien grandes riquezas en esta nueva comarca, y esto solo bastaba para continuar el descubrimiento. Velazquez lo tomó á empeño, pues debia proporcionarle honor, fortuna y poder. Hizo armar tres navíos y un bergantin, montados por doscientos cincuenta Españoles, y algunos Indios de Cuba. Juan de Grijalba tomó el mando de la espedicion, y su direccion se confió al mismo Alaminas, piloto de Hernandez y depositario de las buenas tradiciones del gran Colon. Siguióse al principio el rumbo que ya se habia hecho, dirijiéndose á Yucatan. Tomaron tierra en la isla de Cozumel ó Cozumil, distante pocas millas de aquel, y huyeron todos sus habitantes á escepcion de dos ancianos que encontraron escondidos en un campo de maiz. Ocho dias despues de esta descubierta, se puso la escuadra á la vista de Pontonchan sobre la costa opuesta de la península. El deseo de vengar la muerte de sus compatriotas allí sacrificados, cuando el viaje de Hernandez, y la necesidad de esparcir el terror del nombre español entre los pueblos de aquellas rejiones, determinaron á Grijalba á desembarcar toda su jente. El ataque de los Indios fué rechazado, y la ciudad ocupada por los Españoles, quienes pudieron convencerse, que en los habitantes de este pais hallarian enemigos mas temibles que los que habian encontrado en las islas. Dejaron á Pontonchan y continuaron su camino hácia el oeste, sin perder de vista la costa cuanto era posible. Veian de continuo pueblos, cuyas casas construidas de piedra blanca, eran elevadas; campos cultivados, y terrenos muy ricos y variados: no se cansaban de admirar tal espectáculo. Grijalba vió tambien en las cercanías de Boca de Términos, templos llenos de ídolos con figuras de mujer, de serpiente, de cierva y de conejo. A la embocadura del rio Tabasco, al que los Castellanos dieron el nombre de su

y á los dias en que el sol pasa por el Zenit.

Hallóse en 1790 entre los cimientos del antiguo Teocali. Ha servido para aclarar puntos dudosos, para llamar la atencion de los indígenas instruidos en el calendario méjicano.

Para formarse una idea exacta de este calendario, es necesario consultar la Memoria que el Sr. Gamba ha publicado en Méjico sobre el almanaque de los Aztecas, y la serie de sus meses y y el hermoso trabajo de M. Humboldt sobre el mismo objeto. En las noticias de estos dos sabios, se hallaran detalles curiosos, que la naturaleza de esta historia nos ha obligado á abreviar ó suprimir.

jeneral los Indios se mostraron todavía hostiles, disponiéndose á impedir el desembarco de Grijalba y su jente, á tiempo que este les mandó palabras de paz, invitándoles á que le proporcionasen víveres, y se sometiesen á su rey. Los Indios como prudentes respondieron que estaban prontos á entablar comercio de cambios con los Españoles, pero teniendo ellos un rey, lo que era suficiente, no se hallaban dispuestos á recibir otro. No dejaron de advertirle á Grijalba que diez y seis mil hombres armados estaban dispuestos á apoyar esta esplicacion, y á batirse con los suyos, si intentaba ponerles un nuevo dueño por la fuerza. Como el jefe español se manifestó muy satisfecho de esta contestacion, el cacique indio le hizo un distinguido recibimiento. Lleváronle víveres en abundancia, pan de maiz, pescado y caza; quemaron á su presencia goma copal sobre carbones encendidos en un hornillo de arcilla, estendieron en el suelo piezas de algodon y capas de la misma tela, para que pudiese descansar con sus oficiales con mayor comodidad. En fin el cacique le regaló pedazos de oro cortado en formas de pájaros, lagartos y peces, y tres collares con granos de oro, y como le preguntase de dónde venia aquel metal, respondiéronle *culua*, *culua*, palabras cuyo significado no comprendieron entónces los Españoles: sin embargo el temor de los vientos en una rada abierta aceleró su salida. Sucesivamente reconocieron la isla Agualunco que nombraron la Rembla, y los rios Tonala y Guazacualco: apercibieron la Sierra-Nevada, aquellas alturas cubiertas de nieve, espectáculo nuevo en rejiones tan ardientes. Alvarado, uno de los capitanes de la flota, descubrió el Papaloava, conocidó despues bajo la denominacion de rio Alvarado, llegando por último á la embocadura del Rio-Vanderas en la provincia de Guaxaca, en donde vieron desplegadas por primera vez las banderas blancas de Motezuma. Allí fué en donde oyeron hablar de la estension de su imperio que les era desconocido, de su poder y de sus riquezas, y de cuya existencia no recelaban. Este monarca, dice Bernal Diaz, habia tenido conocimiento de la espedicion de Córdoba, y del combate de Pontonchan, por medio de pinturas trazadas sobre retazos de tela de algodon.

Sabia tambien nuestra llegada, y habia mandado á sus oficiales nos proveyesen de oro en cambio de granos de vidrio y algunos artículos de quincalla que apreciaba mucho, y sobre todo tomar de nuestras personas y fuerzas, así que acerca el objeto de nuestro viaje, todas las aclaraciones posibles. Así obraba aquel rey bajo la malhadada influencia de la antigua profecía relativa á la llegada de hombres blancos y barbudos, salidos de las rejiones de donde el sol nace. Nos convidaron, pues, á bajar á tierra, y el capitan Montejo, que recibió la órden de desembarcar con diez y nueve hombres, fué perfectamente acojido por el gobernador de la provincia. Este, rodeado de un séquito de oficiales, y criados que llevaban provisiones, estaba sentado sobre una estera bajo la sombra de unos árboles. Se nos invitó por señas á hacer lo mismo, pues por desgracia nuestros dos Indios de Yucatan no sabian el mejicano. Instruido Grijalba de tan honroso recibimiento, desembarcó con toda su jente, y conocida su graduacion, fué el objeto de las mas distinguidas consideraciones. Contestó á esta civilidad distribuyendo baratijas de Europa tan apreciadas de aquellos naturales, que en cambio de ellas recibió varios objetos de oro muy bien trabajados, y por valor de quince mil escudos. Tomó posesion de este hermoso pais en nombre de Cárlos Quinto, dándole el de Nueva-España. Los Españoles sentian dejarlo, solicitaban de Grijalba se formase en él un establecimiento; pero él, demasiado escrupuloso, y fiel observador de las instrucciones de Velazquez, se creyó obligado á vencer sus propios deseos, rechazó los de sus compañeros de viaje, cediendo á las órdenes que tenia por absolutas. Hízose á la vela, continuando su rumbo al oeste, aun-

que alejándose muy poco del continente: reconoció dos islillas y vió otra tercera, la de los sacrificios, que le pareció poblada. Aquí tuvieron los Españoles por primera vez á la vista, el horrible cuadro de las víctimas humanas, que la bárbara superstición de los naturales ofrecia á sus dioses. Cinco cadáveres de hombres, degollados al parecer el dia anterior, descansaban sobre una especie de altar bastante elevado, abierto por todos lados, y al que se subia por unos escalones. Esta construccion que no se asemejaba á la de los templos de Yucatan, era la de los *Teocalis* mejicanos. Los Españoles hallaron tambien los mismos edificios, los mismos ídolos é iguales sacrificios en la isla de San Juan de Ulua ó Ulloa, en la que seguidamente tomaron tierra. Allí obtuvieron nuevas noticias sobre el continente americano que se estendia á su vista; acerca de Méjico, su gobierno y culto. Vieron la horrorosa imájen de una de las principales divinidades americanas. Cuatro sacerdotes con capas negras, semejantes á los hábitos de nuestros dominicos, dice Bernal Diaz, fueron á recibirles, y ofrecerles el incienso copal á su entrada en el templo en el que acababan de ser inmolados dos mozos jóvenes. Ansioso Grijalba de augurar la posesion de estas comarcas no por vana ceremonia, sino por nuevas instrucciones, deseaba obtener un refuerzo, y víveres de que tenia gran necesidad, y sin cuyos ausilios, no podia pensar en ningun jénero de colonizacion. Despachó á Alvarado cerca de Velazquez para que instruyese á este gobernador de su situacion, pidiéndole sus órdenes, haciéndole la relacion del viaje, y ofreciéndole el oro, y las curiosidades que habia recojido. En este mismo tiempo Velazquez mandaba á Olid, uno de sus oficiales, en busca de Grijalba, cuyo paradero le inquietaba. Olid y Alvarado llegaron juntos á Cuba: el primero por no haber podido atravesar las costas de Yucatan, y el segundo, deseoso de comunicar descubrimientos importantes. Grande fué la cólera de Velazquez cuando supo que ningun establecimiento se habia comenzado, pues aunque habia prohibido cualquiera empresa de este jénero, por el miedo de indisponerse con la audiencia de Santo-Domingo, se lisonjeaba que su posicion seria adivinada, y que Grijalba tomaria sobre sí la responsabilidad de una desobediencia que un feliz resultado debia absolver. Mientras acusaba de inepto á tan fiel oficial, no cesaba este de servirle con lealtad, y aunque sus tripulaciones habian disminuido y debilitado su valor, continuó esplorando las costas del imperio mejicano. Descubrió las montañas de Tustla y de Tuspan: llegó á las costas de Panuco sembradas de ciudades populosas: por todas partes observaba con cuidado, y reunia numerosos y útiles documentos de estos nuevos paises. Empleaba todo su valor y sus fuerzas para repeler los ataques de los Indios, y no abandonó su esploracion hasta el momento en que, falto de víveres y de hombres para la maniobra, le declaró su piloto Alaminas que ya no podia sostenerse en la mar. Hizo vela hácia el puerto de Santiago (Cuba) á donde llegó el 15 de noviembre de 1518.

Este viaje, el mas largo y feliz que los Españoles hayan jamás emprendido en el Nuevo-Mundo, fué tambien el mas útil en grandes resultados: confirmó que el Yucatan no era una isla como se habia creido hasta entónces, y dió en su dilatada estension de costas dependientes de Méjico, detalles exactos y enteramente nuevos; no solamente reveló la existencia de este vasto imperio, sino que aun proporcionó una parte de las nociones que debieran facilitar su conquista. Complacido Velazquez de un resultado que escedia sus esperanzas, se apresuró á noticiarlo á la Isla Española á los P P. Jerónimos por medio de Juan de Salcedo, y de enviar á España su capellan de honor Benito Martin con la mision de solicitar nuevos poderes para sucesivas empresas, y hasta para la conquista de la grande comarca mejicana. No olvidaba sus intereses personales en la hipótesis de un

011123

acontecimiento que miraba como infalible. Sus peticiones le fueron concedidas, y no obstante, sin aguardar la vuelta de su enviado, se ocupó del armamento necesario para la grande espedicion. Parecia natural que Grijalba fuese el designado para mandarla; los soldados lo deseaban; pero Velazquez no le perdonó el haber comprendido mal sus intenciones, y desatendió los servicios del solo hombre bastante desinteresado para hacerle el sacrificio de su gloria, y sin embargo solicitaba un militar que poseyese todas las virtudes de los conquistadores, sin el defecto de la ambicion. Buscando este fenómeno de modestia y de valor se dirijió á Baltasar Bermudez que lo rehusó. Tres parientes suyos que llevaban el mismo apellido de Velazquez, hicieron otro tanto. Un hombre á quien conocia muy bien le fué entónces propuesto y fuertemente recomendado por Amador de Lara, tesorero real de Cuba, y Andrés de Duero, su secretario. Este hombre se llamaba Hernan Cortés (1).

Este Cortés, uno de los últimos héroes de España, nació en Medellin pequeña ciudad de Estremadura, en el año 1485. Su padre D. Martin Cortés de Monroy, caballero sin fortuna, lo destinaba al estudio de las leyes. A los catorce años lo envió á la Universidad de Salamanca. Allí se mostró vivaz é intelijente pero inaplicado, y opuesto al yugo de toda disciplina. Bien pronto, disgustado de la vida académica, de esa vida sin accion, volvió al seno paterno, en donde se entregó á la diversion de la caza y á montar á caballo; y cediendo asimismo al ardor de su temperamento, se dió á intrigas amorosas, que no desconocia desde su infancia, ni olvidó en todo el curso de su vida.

(1) Bernal Diaz pretende que Lara y Duero estaban convenidos con Cortés, que si en virtud de sus recomendaciones le proporcionaban el mando en Jefe, dividirian entre ellos por iguales porciones la parte que tocaria al jeneral, ya fuese en el botin, ó ya en el oro, plata y jeneros que se cojiese á los indios. El mismo autor asegura, que no era cuestion de colonizacion la empresa que trataban de poner en manos de Cortés.

La carrera de las armas era la única que llamaba su atencion, y por la que se sentia inclinado. La España era entónces muy belicosa y caballeresca: acababa de aniquilar el poder de los Moros; el estandarte del Islamismo ya no ondeaba en los muros de sus ciudades, y el suyo en manos de Gonzalo de Córdoba se levantaba con honor en Italia. En el ejército de este gran capitan se alistó Cortés como voluntario, despues de obtener el competente permiso. Iba á incorporarse á él, cuando una grave enfermedad le detuvo en casa su padre. Esta circunstancia, que miró como un mal irreparable, fué el oríjen de su fortuna. Hubiera tenido que trabajar mucho en Italia para sobresalir en medio de infinitas reputaciones militares que rodeaban á Gonzalo que era la superior. Otro campo de batalla, el Nuevo-Mundo que Colon acababa de dar á la España, se le iba á ofrecer como el teatro de su gloria y fortuna, y de mas fácil acceso. Por otra parte encontraba un protector lleno de benevolencia en Nicolás de Obando, pariente suyo, gobernador de Santo Domingo. Fuese en su busca, y recibido como hijo le colocó en un empleo lucrativo con lo que parece que la ambicion de Cortés debia quedar satisfecha, pero los jenios de su temple, tienen su lugar marcado por la providencia en los grandes sucesos del mundo, y nada puede desconcertar sus destinos. Cortés se hallaba disgustado en el centro de un reposo sin gloria, y se asió de la primera coyuntura para salir de él. Hízose inscribir en la lista de los atrevidos aventureros que debian acompañar á Ojeda, é iba á partir para la desastrosa espedicion de Darien, cuando otra enfermedad, que parecia un nuevo favor de la fortuna, le detuvo en Santo Domingo, y no pudo salir de allí sino para acompañar en 1511 á Diego Velazquez en su espedicion á Cuba. Allí se distinguió de tal manera que á pesar de algunas disputas violentas con su jefe, obtuvo de él una amplia concesion de tierras y de Indios, especie de recompensa (como lo nota Gomara) que se daba voluntariamente á los aventureros del Nuevo-Mundo, que se habian distinguido con acciones brillantes. Cortés se habia casado con la hermana de un caballero de Cuba llamada Catalina Suarez á la que amaba ciegamente, y de la que tuvo un hijo que Velazquez sacó de pila. Tambien recibió Cortés en esta ocasion nuevas gracias del gobernador, y hubiera llegado á ser muy rico, sin su aficion á gastar en lujo y representaciones, de cuyos gustos participaba su esposa. Ejercia el encargo de alcalde en la capital de la isla, cuando sus amigos lo propusieron para jefe de la espedicion.

Aunque no hubiese todavía mandado en jefe, su reputacion de valiente entre los valientes, de astuto político y hábil administrador, cualidades de que habia dado las mejores pruebas en ocasiones varias, daban las mas lisonjeras esperanzas. Se le consideraba como un hombre capaz de muchas cosas. Aquel fuego de la juventud, que tantas veces lo habia arrastrado á estravíos peligrosos, se habia convertido en una infatigable actividad dirijida hácia ocupaciones útiles. La impetuosidad de su carácter habia cambiado en vigorosa franqueza de soldado. Sabia el arte de fraternizar todas las voluntades con la suya, de adquirir el sufrajio de sus rivales, de ganar la confianza y gobernar el espíritu de los hombres, pues nada le habia escaseado la naturaleza de cuanto puede seducirles. Disposiciones jenerosas, una liberalidad grande y bien calculada, una discrecion á toda prueba, una conversacion siempre amena, y jamás ofensiva, una palabra pronta, rápida, eléctrica, una figura agradable, un talle elegante, modales muy finos, una mirada viva y penetrante, una destreza estraordinaria en los ejercicios militares, con una constitucion física capaz de sostener las mas grandes fatigas. He aquí las brillantes cualidades que sedujeron menos á Velazquez, que la idea de la posicion de Cortés, pues creyó que todas ellas no le permitirian jamás aspirar á su independencia, lo que prueba que Cortés, en el número de sus talentos políticos poseia el arte de disimular ante todos su escesiva ambicion, y sus grandes proyectos de conquista.

Apenas se supo su nombramiento, movieron los descontentos sus resortes para que se revocase. Un tal Cervantes, al servicio de Velazquez, en clase de imbécil ó bufon, fué el primer instrumento que emplearon. Cuéntase que en un dia de corte ú obsequio, habiendo el gobernador puesto á Cortés á su derecha, el bufon esclamó: « Grande alegría para mi amo Diego, ah, ved ahí el hermoso Capitan que perderá la flota. » Otra vez el mismo loco viendo á Velazquez y Cortés pasearse juntos, repitió aquella misma idea, y dijo en alta voz. « Nuestro gobernador ha hecho, en verdad, una escelente eleccion. Muy pronto necesitará otra flota, para mandarla en persecucion de esa. » ¿Oye V. lo que dice este hombre? Preguntó Velazquez. Es un loco, contestó Cortés, dejémosle hablar. » La prediccion del loco se cumplió al pié de la letra.

Sin embargo, Cortés no perdia un momento, pues, en cuanto recibió su nombramiento, se vió en la puerta de su casa ondear la bandera, mandando publicar un pregon, á son de trompeta, convidando reclutas voluntarios para la espedicion. Tal era la confianza que á todos inspiraba, que cuantos valientes contenia la isla, aventureros, oficiales veteranos en la guerra y jóvenes militares, deseosos de ganar honor y fortuna se pusieron á sus órdenes. Buscaba Cortés entre la multitud á los antiguos compañeros de Grijalba, que tuvo la dicha de reunir casi en su totalidad. Empeñó sus tierras y sus Indios para subvenir á los gastos de la espedicion, y adelantaba los preparativos, como un hombre que sabia cuanto podia temerse de la actividad de sus enemigos, y de los caprichos de Velazquez.

No se equivocaba su celo, su asiduidad para llenar su mision fueron armas creadas contra él. Poniendo su bolsillo á disposicion de oficiales que no podian equiparse convenientemente segun su clase, acudiendo á

las necesidades del soldado, y comprando de sus propios fondos provisiones de boca y guerra, vió se le acusaba de un desprendimiento interesado, y de abrigar un proyecto para asegurarse un imperio absoluto sobre sus tropas. Tan repetidas murmuraciones llegadas á los oidos de Velazquez cambiaron sus disposiciones, aunque sin darse por entendido á Cortés de cosa alguna, y estos dos hombres se separaron con todas las apariencias de la mejor intelijencia, lo que demuestra por ambas partes el mismo talento y disimulo.

Salió Cortés de Santiago de Cuba en 18 de noviembre de 1518. Fué á la Trinidad, pequeño establecimiento en la misma costa, para completar su armamento. Allí encontró provisiones y refuerzos que le hicieron muy al caso, pues el enojo de Velazquez comenzaba á estallar: habia revocado la comision de Cortés, y espedido secretamente órden de prenderlo, pero, arrestar á un Jeneral en medio de un ejército dispuesto todo á sostenerle, no es posible sino con fuerzas superiores. ¿Qué podia hacer solo un honrado correjidor? Intimar la órden, rogar su cumplimiento, y dejarlo partir, que fué lo que sucedió.

Despues de haber reunido Cortés los voluntarios que esperaba de diversos puntos de la isla, y recibido el completo de municiones de que estaba muy mal provisto, se dirijió á la Habana, para hacer otra leva de soldados, y concluir su aprovisionamiento. El despecho de Velazquez le alcanzó allí tambien. Este implacable é ya descubierto enemigo, mandó por su teniente Barba, hombre de confianza, una órden formal para prender á Cortés á quien calificaba de traidor al Rey, y que se lo mandasen bien custodiado á Santiago, como criminal de lesa-majestad: invitaba tambien á todos los oficiales a prestar mano fuerte para la ejecucion de esta medida, haciéndoles responsables de su desobediencia. Tambien se dirijió á ellos Cortés, comunicó á las tropas reunidas la órden de Velazquez, indicó la bajeza de sus celos, y se entregó en sus manos. Los oficiales y soldados, impacientes de marchar hácia las ricas rejiones, en las que fundaban sus mejores esperanzas; ellos que habian empeñado sus fortunas por abordar tan aventurada empresa, indignados de la conducta del gobernador, levantaron un confuso murmullo, y suplicaron al jeneral se mantuviese á su cabeza; prometiéronle una entera obediencia, juráronle seguirlo por todas partes á donde los condujese, y verter hasta la última gota de su sangre defendiéndole, y amenazando de muerte á los que osaren poner en duda su autoridad, y oponerse á la ejecucion de sus grandes designios.

Dejemos á Velazquez entregado á todos los remordimientos, á todos los proyectos de venganza de una mentida confianza. Dejémosle ocupado en los medios de arrestar á Cortés dentro el término mismo de su campaña, oponiéndole una espedicion rival, y no abandonemos ya al intrépido Español, y á los bravos que marchan con él á la conquista de Méjico. Sabíase por Grijalba, que los ejércitos de aquel pais eran numerosos y no carecian de valor. ¿Es pues una grande armada Europea montada sobre cien navíos la que va á medir sus fuerzas con las de la grande nacion americana? No, toda la flota de Cortés, esta flota que ha apurado todos los recursos del gobernador de Cuba; todos los capitales de los aventureros que la montan, se compone de once buques de los cuales al mayor de ellos se le honra con el título de Almirante, y solo es de cien toneladas, como uno de nuestros barcos costaneros: tres son de setenta ú ochenta toneladas, y siete barquillas sin puentes. Esta flota lleva seiscientos diez y siete hombres, de los cuales hay quinientos ocho soldados y ciento nueve marineros y obreros, divididos en once compañías distinguidas por los nombres de los buques, y cada una mandada por un capitan, que tambien lo es de la embarcacion. En este corto número de combatientes, no hay mas que trece soldados armados de mosquetes, treinta y dos de arcabuces, y

el resto de espadas y picas. En lugar de las armas defensivas usadas en esta época en nuestra Europa, que en un pais tan cálido hubieran embarazado, los soldados de Cortés solo llevan cotas de malla de algodon mostreado, como los naturales que van á combatir; corazas lijeras, aunque suficientes para amortiguar el golpe de la flecha americana: diez y seis caballos es toda la fuerza de caballería, diez pequeñas piezas de campaña y cuatro falconetes toda la artillería de este reducido ejército.

Pero en este batallon sagrado están los Sandovales, los Alvarados, los Morlas, los Olides, los Lopez de Avila, los Pachecos, los Bernal Diaz, todos hombres de armas, jóvenes y viejos acreditados en mil encuentros, todos dignos del jefe que les manda, y todos resueltos á vencer ó morir. Cada uno de estos hombres puede desafiar masas mejicanas, y se cree seguro de triunfar desde el momento que ha sacado su espada para combatir. Al valor caballeresco, á la sed de oro, se une la exaltacion relijiosa. En su estandarte hay pintada una gran cruz, y como en el *labarum* de Constantino, se leen por debajo estas palabras proféticas: «*Sigámosla, con esta enseña vencerémos.*» Los piadosos aventureros se escitan á esta cruzada, hablando entre ellos del honor de convertir infieles y de la dicha de robarlos. Robo y conversion, tesoros é induljencias, he aquí lo que han menester y parten para esta grande y peligrosa empresa, lleno el corazon de confianza en la santidad de su causa, en la fuerza de sus brazos y en la proteccion del cielo.

Cortés se hizo á la vela el 10 de febrero de 1518. Siguió la ruta de Grijalba, y abordó la isla de Cozumel. Alvarado se habia adelantado dos dias y apenas habia desembarcado con su jente se entregó esta al pillaje, apoderándose de algunos habitantes, de joyas de mal oro y de provisiones de boca, pero Alvarado fué severamente reprendido, y Cortés empezó á demostrar su política, que era la de procurarse ausiliares mas bien que enemigos en la guerra de invasion que meditaba. Conquistar el pais por sus mismos habitantes es el rasgo mas sobresaliente de su táctica. Por semejante medio le verémos, á pesar de las antipatías relijiosas, y de su propio fanatismo, que era el de su época, atraerse sucesivamente aliados, y aun á los mismos súbditos de Motezuma.

Cortés no tenia intérprete, y aquí que era el principio de su campaña, le proporcionó una feliz circunstancia este indispensable medio de comunicacion. Supo que cuando el viaje de Córdoba, los Indios de los alrededores del cabo Catoche, pronunciaban alguna palabra en castellano. Ocurrióle que podia haber algunos prisioneros españoles, sospecha que le confirmaron mercaderes de Cozumel, asegurándole, que pocos dias antes habian visto uno de esos hombres blancos, y les habia hablado. Al momento formó Cortés el proyecto de librar á sus compatriotas. Envió á los mercaderes con muchos regalos para tratar del rescate, y al mismo tiempo, dos de sus barcos con unos veinte soldados mandados por Diego de Ordas, recibieron órden de cruzar las aguas del cabo Catoche para apoyar el servicio de esta comision, que partió llevando una carta de Cortés concebida en estos términos: «Caballeros y hermanos: me han informado aquí en Cozumel que sois prisioneros de un cacique; como un favor os pido que os reunais á mí. Os envio una embarcacion y soldados con todo lo necesario para vuestro rescate: mi jente tiene órden para aguardaros ocho dias. Venid prontamente á buscarme, de mí recibiréis asistencia y proteccion. Aquí estoy con once buques y quinientos soldados, y me propongo con la ayuda de Dios ganar á Tabasco, Pontonchan, etc.»

Los mercaderes hicieron sus dilijencias, y dos dias despues de su partida, entregaron esta carta á un hombre blanco llamado Jerónimo Aguilar, con todo lo que necesitaba para su rescate. Aguilar se avistó al instante con su amo, quien con el mayor placer aceptó tan bellas dádivas, y le concedió la libertad. Seguidamente se fué á casa de otro español tambien